

de dominar al mundo. A pesar de bajar continuamente la pendiente de la decadencia, y ver sus fronteras estrechándose por todas partes, no cesó de considerarse como la soberana legítima del universo y de mecerse con el sueño de restablecer la autoridad romana en todas las provincias de Oriente y de Occidente. Jamás sociedad alguna se obstinó tan ciegamente en empujar hacia atrás la corriente de la historia y en volver al género humano a las regiones muertas del pasado. Dando la espalda al porvenir para sumirse en la contemplación de los esplendores de otro tiempo, Bizancio aparece como un anacronismo viviente en medio de los pueblos jóvenes que nacen alrededor de ella, todos con su ideal propio; marcha en sentido opuesto al de Europa, y cree encontrar el camino de su salvación volviendo hacia atrás.

Toda la actividad que pudo desplegar se agotó en perseguir una quimera engañosa: Justiniano, el más célebre de los Emperadores bizantinos, parecía haber dejado a sus sucesores el santo y seña de esta política retrospectiva; siguiéndola, lanzó tantos ejércitos contra Oriente y Occidente, derramó torrentes de sangre para reconquistar Italia y África, desembarcó en España y urdió intrigas hasta en el interior de las Galias..., mientras los búlgaros venían a incendiar los arrabales de Constantinopla y los persas le arrebatában sus provincias asiáticas. Si después de él ha habido soberanos que se han distinguido en la historia de Bizancio, sólo ha sido por el mayor o menor éxito con que se han convertido en instrumentos de esa política; se hubiese dicho que aun los más indignos oían sobre el trono la voz de la Antigüedad que les ordenaba reconquistar la herencia de los Césares; para ellos, el honor supremo consistía en defender contra toda esperanza fronteras siempre invadidas, o en conducir a los soldados de Bizancio, aunque sólo fuese por un día, a puestos perdidos desde hacía siglos, pero en donde la gloria romana daba cita a su ambición patriótica.

Había como renacimientos llenos de esperanza cuando a veces, penetrando a través de las masas profundas de los pueblos bárbaros acampados en las provincias en otro tiempo romanas, Emperadores militares, como Nicéforo Focas o Juan Zimisce, llegaban hasta el Danubio o hasta el Éufrates, haciendo flotar de nuevo los estandartes imperiales sobre las murallas de Nisibis o de Sirmio. Renacimientos pasajeros, es cierto, y a los cuales seguían luego terribles retornos, pero que bastaban para mantener en el espíritu público preocupaciones nacionales tan caras a su vanidad. Es que el patriotismo bizantino tenía singularísimo poder de ilusión; sin tomar en cuenta las inso-

lentes realidades que desmentían sus ensueños, no quería ver más que un mundo romano en estas regiones ocupadas por tantas nacionalidades nuevas; con un orgullo que resultaría digno de admiración en Roma, pero que en Bizancio resulta risible, mantenía en el catálogo de las provincias a países separados del Imperio desde hacía mucho tiempo, y consideraba como rebeldes y usurpadores o, en el mejor de los casos, como huéspedes momentáneos a los bárbaros que los poseían ahora. Se entendía que los derechos del Emperador eran imprescriptibles, y que la presencia de los bárbaros sobre sus dominios no podía inferirles ningún menoscabo, ni que el transcurso de los siglos los debilitaba. "El poder del Emperador —escribe por sí mismo Constantino VII— se extiende desde las columnas de Hércules hasta las riberas del Ponto Euxino"¹. En el siglo XI, conmovida todavía por los recuerdos de la cruzada que estuvo a punto de derribar el trono de Bizancio, Ana Comneno no usará lenguaje menos soberbio que el del César ocioso del siglo X; en el XII y el XIII se encontrará de nuevo la misma pretensión en todos los Emperadores, y no sólo en los ilustres, como Manuel Comneno, sino aun en los insignificantes como Isaac el Ángel, quien soñó el restablecimiento de la monarquía universal en el intervalo de las dos conquistas que de su propia capital hicieron los francos.

¿Es que los dueños de Bizancio no eran los Emperadores romanos, y su título no significaba que eran los soberanos del mundo? ¿Se les podía acusar de ser ambiciosos o usurpadores, cuando al intentar someter a las naciones bárbaras no hacían sino volver a llamar bajo su autoridad a países que en otro tiempo la habían reconocido? Éste era su derecho y casi su deber; una vez ceñida la corona, se transformaban por lo menos virtualmente en señores del universo y contraían la obligación de hacer respetar la autoridad universal que implicaba el título imperial. La gloria y el orgullo de Bizancio era estar, en virtud de un derecho de herencia que jamás se le había discutido, en posesión de aquel título sublime que no podía ser conferido más que por ella y que sólo podían llevar sus soberanos. Se comprende el estupor y la indignación con que se supo un día en Bizancio que un bárbaro, un simple *rex*, como se decía, más audaz que Alarico y que todos los conquistadores del siglo V, había osado, a despecho de las tradiciones más venerables, apoderarse de este título sacrosanto y profanar lo que había de más augusta a los ojos de un bizantino: la unidad imperial del mundo. Es verdad que este bárbaro se

¹ CONSTANTIN. PORPHYROC., *Themat.*, III, pág. 56.

llamaba Carlomagno; pero ¿podía tener la pretensión de igualarse a Porfirogénito?

Bizancio no quiso ratificar el acto de usurpación de un príncipe franco, y continuó rehusando enérgicamente el título imperial a él y a sus sucesores, por más desarmada que se encontrase frente a los Carlos y a los Otones, y a pesar del precio elevado que éstos se encontraban dispuestos a pagar por su concesión. Fiel hasta el fin a la tradición romana, no quería conceder a estos extranjeros la mano de las princesas bizantinas, rechazando como enlace desigual casamientos que le hubieran valido reconquistar alguna popularidad en el mundo occidental. Los griegos del siglo x conservaban aún con relación a los latinos el soberbio desdén de Honorio, cuando renovaba por ley la prohibición del *connubium* entre los provinciales y los bárbaros. Según el gusto del compilador imperial que hemos citado a menudo, semejantes matrimonios no eran sino cruzamientos, y había que oponerse a ellos a todo costo en nombre de la dignidad del pueblo romano.

Más tarde, es verdad, los Comnenos y los Paleólogos se consideraban sumamente dichosos al encontrar entre los latinos príncipes que aceptasen la mano de sus hijas, y princesas que quisieran compartir con ellos sus volubles destinos. Pero estas concesiones a la desgracia de los tiempos no fueron ratificadas por la plebe de Bizancio. Las hijas de los bárbaros, aun revestidas de púrpura, no encontraron gracia ante sus ojos; más orgullosa que sus príncipes, conservó hacia los extranjeros el odio y el desprecio de otros tiempos, y, cuando se le presentaba la ocasión, les hacía pagar cara la presunción que habían tenido al sentarse en el trono de sus Emperadores.

Aún más allá llevó Bizancio la lógica de sus pretensiones anticuadas. Lejos de resignarse a considerar a los bárbaros como iguales suyos, siempre les atribuía el papel de pueblos vasallos y auxiliares. Con mucha frecuencia tuvo que soportarlos como señores, pero jamás se lo permitió decir, y, cosa curiosa, llegó a menudo a persuadirles de su autoridad aun en el momento mismo en que la tenían subyugada por completo. Ponía todo su ingenio en aquellas graves cuestiones de etiqueta en que su sutileza y habilidad diplomática luchaba en condiciones tan ventajosas contra la ignorancia y la sencillez de los bárbaros. Se siente uno casi conmovido de la buena fe con que aquellos rudos conquistadores, que hubieran podido desmenuzar entre sus manos la débil máquina del Imperio de Oriente, se dejan alistar en la servidumbre de los Emperadores y condecorar

con títulos de dignidades subalternas. A veces se experimenta una especie de movimiento de impaciencia al ver cómo su extrema sencillez, en lucha con la astucia bizantina, salía siempre engañada de combate tan desigual. Si se exceptúa a los reyes francos, que jamás cedieron ni a las caricias ni a las amenazas bizantinas, todos los demás príncipes occidentales se dejaron vencer por Bizancio en el terreno de la diplomacia, desde Teodorico el Grande hasta los valientes cruzados del siglo xi que, convertidos en árbitros del trono de Alejo, consintieron en reconocer su soberanía feudal y en doblar la rodilla ante él.

En victorias tan halagüeñas para su amor propio encontraba Bizancio nuevos motivos para despreciar a sus adversarios, tan incultos respecto a ella; todo bizantino tenía frente a los bárbaros ese orgullo nativo con que mira a los plebeyos enriquecidos la nobleza antigua, aunque se vea arruinada y descalificada. Su grosería, su ignorancia, su torpeza eran objeto de las burlas más acerbadas, y hasta los lacayos de la corte se permitían indecentes burlas con respecto al embajador extranjero que buscaba orientarse en el laberinto del palacio imperial. La etiqueta oficial le trataba con un desdén casi siempre incompatible con la superioridad de la potencia que representaba; en las ceremonias de su recepción todo estaba calculado para inspirarle respeto profundo hacia el Emperador y para hacerle sentir la enorme distancia que había entre su señor y aquel soberano del mundo. Pero, como inevitablemente ocurría a los bizantinos, siempre que querían ser imponentes, eran ridículos, y nada más penoso que considerar este contraste entre la inmensidad de sus pretensiones y la pobreza de sus medios de acción. ¿Se quiere ver esto al vivo en un cuadro cuyas líneas han sido tomadas de los monumentos oficiales y de las narraciones contemporáneas? Sigamos, entonces, en el palacio imperial a este enviado bárbaro que va a ser recibido por vez primera.

Introducido en el salón de audiencias, lo encuentra cortado en dos por una enorme cortina que le oculta la augusta persona del Emperador. Dos eunucos se apoderan de él y le conducen al otro lado de la cortina. Allí, el soberano, visible sólo hasta las rodillas, está sentado sobre su trono, al que dan guardia leones de cobre dorado y sombra árboles artificiales, sobre los cuales se hallan posados pájaros automáticos. A su derecha y a su izquierda, dos dignatarios llevan el uno una espada y el otro una lámpara, símbolo de su fuerza y de su gloria; se ve relucir la espada y brillar la lámpara, pero

los que las llevan quedan invisibles: todo ello para aumentar la majestad de la aparición. En cuanto el embajador perciba las facciones del Emperador, debe bajar su frente hasta el suelo para adorarle; en seguida se oye una ruidosa orquesta: los pájaros artificiales se ponen a cantar, los leones de cobre se levantan azotando el suelo con su cola y dando rugidos. Mientras dura este estruendo, los criados traen los regalos del embajador prosternado, y el augusto soberano apenas se digna arrojar una mirada sobre aquellos modestos productos del lujo bárbaro. Cuando, por fin, advertido por el silencio de aquel parque zoológico imperial, el paciente puede levantar la cabeza, ¡oh sorpresa!, se encuentra con que el Emperador toca el techo con su cabeza. Un mecanismo ha levantado el trono mientras el bárbaro estaba tendido en tierra, y ahora, atónito de terror y de respeto, como es de suponer, va a pronunciar su mensaje.

El Emperador lo escucha sin responderle, pues su majestad no le permite dirigir la palabra al extranjero, sino que el logoteta colocado bajo el trono le sirve de intérprete y comunica sus respuestas al embajador. Acabada la entrevista, vuelve a empezar la misma fantasmagoría hasta que se interpone la cortina entre él y el fantoche imperial. Este ceremonial absurdo y ridículo excedía todo límite, y el buen sentido de los bárbaros no se dejaba ya asustar por las invenciones de los maquinistas de la corte; así, hubo alguno de los francos que se permitió reírse de ellas con gran irreverencia, y, si la ceremonia que acabamos de describir no se registrase en las colecciones de Constantino Porfirogénito, la conoceríamos por los sarcasmos de Liutprando, que fué sometido a ella en calidad de embajador, y que se vengó entregándola a las burlas de los occidentales¹.

Los bizantinos, por el contrario, se complacían en estas exhibiciones teatrales, que les hacían el efecto de otras tantas realidades grandiosas. Vueltos a la niñez, jugaban a la política, representando la comedia para ellos mismos, y llegando a hacerse la ilusión de la realidad a fuerza de ficciones. ¿Cómo un pueblo tan recargado de títulos e insignias no se iba a creer el primero del mundo y a mirar con desprecio a las naciones que no conocían ni los apelativos sonoros ni los trajes resplandecientes de los funcionarios bizantinos? Había dignidades y honores diferentes para todo el mundo, desde los correspondientes a un humilde empleado de oficina hasta los que daban acceso a la persona del Emperador. ¡Qué gloria para un hombre

¹ CONSTANTIN. PORPHYROG., *De caerific.*, I, 6; LIUTPRAND, *Antapod.*, VI, 5. *mon. aul byzant.*, II, 15; CODIN., *De of-*

elevarse de grado en grado hasta aquellas alturas sublimes y alcanzar, por fin, al cabo de innumerables esfuerzos, una de las dieciocho dignidades palatinas, las más brillantes del universo!

La de *estratelato*, es decir, de general, era la menor de las dieciocho; esto se comprende así: derramar su sangre por el Estado, y no saber nada más, es una función poco áulica, y que puede desempeñar cualquier bárbaro; por eso, el *estratelato* tenía que ceder el paso a dignatarios más importantes, tales como el *silenciario*, el *vestitor*, el *estrator* y otros muchos. Hay que señalar que el cónsul ocupaba el séptimo lugar en la jerarquía palatina, pero que, por encima del propio consulado, que había sido la primera magistratura pública en los tiempos sencillos y groseros, estaban en gradación majestuosa los *spatharios*, los *spatharocandidatos*, los *protospatharios* y otros muchos, hasta que, finalmente, muy por encima del *curopalato* y del *nobilísimo*, se encontraba el César, feliz mortal sobre el cual sólo se cernía ya la majestad imperial. Claro está que esta última distancia era siempre inmensa, y, como para complacerse en hacerla sentir, el Emperador arrojaba incesantemente entre el César y él nuevas dignidades. Tales fueron las de *basileopator*, creada en provecho de los suegos del Emperador, y las de *protosebastos* y *sebastocrator*, inventadas por Alejo Comneno, sin hablar del *panhyperprotosebastohypertatos*, cuya majestad queda bien expresada ya por su solo nombre¹.

Esta soberbia gradación de dignatarios hace pensar en la sucesión de eones que las herejías orientales hacían brotar del seno del gran Todo, y que poblaban, aunque sin poderlo llenar, el abismo existente entre el Creador y el mundo. El fin supremo de la vida se conseguía cuando se lograba alcanzar, a cualquier precio, una de aquellas altas dignidades, llevar su título y su traje y disfrutar sus importantes atribuciones. Acercarse a la sagrada persona del Emperador, verle todos los días, oírle hablar, vivir bajo su techo y poder compadecer a todos los que no gozaban de semejante favor, era para el bizantino auténtico el ideal de la existencia humana. Es posible figurarse la envidia que debía inspirar un hombre como el *protoves-tiario*, que estaba en posesión, según nos enseña un historiógrafo oficial, de una prerrogativa verdaderamente insigne (*ἐξάλπερον*): Al percibir una pizca de polvo sobre el traje del Emperador, tenía el derecho, después de haberse descubierto respetuosamente, de extender el brazo y quitársela, aun sin pedir permiso a su augusto

¹ ANN. COMNEN., *Alexiad.*, III, pág. 78; LAMBERCIUS, *Comm. de bibliot. Caesar.*, I, V, pág. 233.

señor. Tal privilegio no le pertenecía sino a él, y no había ningún magnate de la corte que pudiese hacer otro tanto¹.

Quizá el lector encuentre excesiva esta complacencia en prolongar el cuadro de estas decrepitudes, y que la seriedad de la historia casa mal con las proporciones exageradas que hemos dado en esta narración a las escenas de la corte bizantina; baste decir, para justificación del autor, que se ha pretendido, sencillamente, dejarles aquí el lugar que ocupaban en las preocupaciones de los mismos bizantinos, y que tal lugar era enorme. Sin duda, no sería difícil encontrar cortes europeas en las que se ha caído en análogas puerilidades; pero lo que no se encuentra en ninguna otra parte es el delirio de una nación entera por estas naderías solemnes, es la infatuación sencilla por juguetes a los que se atribuye todo el valor de instituciones públicas, es la desproporción risible entre las realidades de la política y las ficciones del ceremonial.

La larga duración de tal sociedad parecerá quizá a primera vista un prodigio. ¿Cómo el Imperio bizantino, constituido así, ha podido resistir durante diez siglos a los esfuerzos conjurados de una multitud innumerable de enemigos? El secreto de este fenómeno histórico admirable se encuentra en la organización misma de aquella sociedad. La centralización, que era la causa de su debilidad, lo fué también de su duración; suprimiendo la vida toda de las provincias y reduciéndolas a no ser más que las afueras estériles de la capital, acumulaba en ésta toda la vitalidad del Imperio. Ya no era éste, como en tiempos de Augusto, una ciudad dilatada hasta el punto de llegar a ser un mundo, sino que, por el contrario, ahora era un mundo achicado hasta el punto de encerrarse todo él en el recinto de una ciudad. Bastaba que la ciudad sobreviviese para que pareciese que él mismo vivía.

Ahora bien, la naturaleza y la historia parecía como si hubiesen conspirado para hacer de Bizancio el lugar más inexpugnable del mundo; situado en la extremidad de una península, en la conjunción de dos mares y en el punto de unión de dos mundos, Bizancio era uno de aquellos sitios predestinados a alguna misión grandiosa. Era casi imposible bloquearla, a causa de las innumerables salidas por las que se comunicaba con el exterior por mar y por tierra. La diplomacia habilísima de los Emperadores, que apartó tan a menudo de sus muros, o enzarzó entre sí a las hordas enemigas llegadas para destruirla, fué una salvaguardia no menos eficaz que su incomparable posición estratégica. Finalmente, el arte de sus ingenieros,

¹ CODIN., *De offic.*, c. 6.

tan temido después de la invención del "fuego griego", acabó de hacer de ella el mejor baluarte del mundo. Asediada multitud de veces, podía sonreír a la vista de las flotas y de los campamentos del enemigo desde lo alto de sus poderosas murallas; la abundancia y la alegría reinaban en su recinto mientras el sitiador abría sus trincheras y emplazaba sus baterías. He aquí por qué Bizancio se mantuvo libre y próspera hasta el día en que el genio de Mahomet II, servido por circunstancias excepcionales, llegó a neutralizar tantas ventajas y a apoderarse de la ciudad que había desafiado a tantos ejércitos.

Aquel día se descubrió que el propio Imperio bizantino había dejado de existir: ¡tan identificado se encontraba con ella! Era Bizancio, si vale la comparación, la cabeza y el cuerpo a la vez; las provincias, perdidas y reconquistadas sucesivamente, hacían en la economía de aquel ser el oficio de las alas, que sostienen el vuelo de la mariposa, pero que no son indispensables para su existencia. Por eso, la historia de la capital y la de las provincias presentan sorprendentes diferencias, y conviene ponerlas en todo su relieve para hacer comprender bien las vicisitudes de sus destinos respectivos.

Inexpugnable e imperturbable, tranquila en medio de las guerras, rica en medio de la miseria del universo, la capital se entregaba al placer de vivir y se saciaba de las voluptuosidades de una civilización entregada por completo al goce. Su pueblo vivo, nervioso e impresionable, dotado a la vez de esa finura de ingenio y esa corrupción de costumbres que son propias de las viejas capitales, circulaba con animación febril por sus plazas públicas, llenas de sol y de ruido, y se reunía todo entero en las graderías de sus hipódromos, dispuesto siempre a aclamar o a derribar, con idéntico entusiasmo, al soberano del día. Los recursos materiales, intelectuales y artísticos acumulados en la capital hacían del bizantino, tanto del rico como del pobre, el hombre más feliz del Imperio, y convertían a la misma Bizancio en el único lugar del mundo donde valía la pena vivir; las antiguas divinidades del placer volvían a encontrar allí un pueblo de adoradores que sabía rendirles culto inteligente y digno de ellas; la existencia parecía allí una fiesta perpetua cuyos encantos se esforzaban en multiplicar y variar millares de ingenios; aun el más indigente tenía allí a su servicio cohortes enteras de juglares a quienes el Estado había confiado el sacerdocio de los placeres populares. Todo provinciano que quisiera brillar o medrar, había de acudir allí como al único teatro que podía ponerle en candelero; así, la ca-

pital se abastecía continuamente con las riquezas y talentos del Imperio entero.

Al lado de este edén de la civilización humana ¿qué eran aquellas humildes ciudades occidentales que durante ese tiempo se preparaban, mediante el trabajo y el estudio, para un porvenir aún incierto? Apenas se las notaba; en cambio, todas las miradas del género humano estaban fijadas en Bizancio. Desde el corazón del país de las Hespérides, Benjamín de Tudela la saludaba como la ciudad de las ciudades; Rusia, que tiritaba bajo su cielo helado, sentía calentarse su imaginación con el pensamiento de las maravillas que encerraba la mágica Tzarigrad, y en el fondo del Oriente, los musulmanes, dueños de las ciudades más famosas y más antiguas del mundo, repetían que les faltaba la joya más brillante del universo mientras la reina de *Rum* continuase sin obedecer al jefe de los creyentes.

Muy distinta era la condición de las provincias; no eran éstas más que los arsenales y graneros de la capital; toda su vida política residía en las oficinas de Bizancio, de donde les llegaban sus administradores. Estrujadas incesantemente por un fisco despiadado, viendo siempre sus intereses más queridos sacrificados a los placeres de la capital, atormentadas en su conciencia religiosa por papas laicos, privadas de toda especie de autonomía y de iniciativa y, por esto mismo, de todo motivo de adhesión a la patria, languidecían en un estado de agotamiento y debilidad extremos. Mientras Bizancio se encontraba repleta de recursos para sostener el choque del sitiador más formidable, las provincias se encontraban totalmente desarmadas frente al invasor; el primer aventurero que llegase podía atravesar impunemente las regiones que a los dos lados del Helesponto se extendían ante Constantinopla como vastos glaciés de aquella opulenta capital, pues sólo ante sus muros encontrarían obstáculos. En tal sentido sucedieron cosas verdaderamente inauditas, y que en otro escenario parecerían fabulosas: durante el reinado de Justiniano, un lombardo llamado Ildigisal, asoló con sus correrías toda Iliria a la cabeza de algunos centenares de hombres, y en el año 710, treinta sarracenos recorrieron triunfalmente toda el Asia Menor, robando y saqueando a voluntad, y, después de haber quemado los bajeles griegos frente a Crisópolis, regresaron tranquilamente a su cuartel general sin haber perdido ni un solo hombre ¹.

En suma, durante mil años, cada uno de los pueblos vecinos del Imperio vinieron consecutivamente y diferentes veces a plantar sus

¹ PROCOP., *De bell. goth.*, IV, 27; LEBEAU, obra citada, tomo XIII, pág. 232.

tiendas frente a Constantinopla, que, a diferencia de Lacedemonia, hubo de ver el humo de los campamentos de todos sus enemigos. Desde lo alto de sus almenas los habitantes de la gran ciudad los vieron desfilar sucesivamente, vestidos unos de pieles y otros de sedas, hablando todas las lenguas, manejando todas las armas, gastando unos tras otros su ardor contra el único baluarte que les oponía el Imperio, pero esparciéndose siempre victoriosamente a través de toda la extensión del suelo provincial. Del lado de Europa fueron los ávaros, los búlgaros, los eslavos, los húngaros y los petchenegos; del lado del Euxino y del Egeo, los rusos, los normandos y los piratas cretenses; del lado del Asia, los persas, los árabes, los selyúcidas y los osmanlíes. En el transcurso de los diez siglos que resistió la ciudad, cada provincia fué invadida, robada, saqueada, pasada a cuchillo e incendiada veinte veces; regiones florecientes se convertían en yermos, y poblaciones enteras eran llevadas al cautiverio. Se reconocía el paso de los feroces invasores en las llamaradas de los incendios que consumían las ciudades y los lugares, y en las innumerables hileras de desgraciados que quedaban empalados o crucificados en tierra. Fuera de Constantinopla no había un solo punto en donde pudiera uno lisonjearse de vivir al abrigo de un golpe de mano, y ciudades como Tesalónica caían en poder de hordas de bandidos.

He aquí a qué precio pagaban las provincias el honor de pertenecer al Imperio; tan pronto ocupadas y vejadas por el enemigo, como reconquistadas por los soldados de Bizancio en una de aquellas vigorosas salidas que hacían a veces bajo la dirección de algún gran capitán, no hallaban descanso más que durante la conquista que las ponía definitivamente bajo la autoridad de un solo señor. Así, una tras otra fueron separándose para siempre; cada siglo arrancaba un pedazo de púrpura al manto imperial que Bizancio dejaba arrastrar sobre dos mundos; cada generación veía desaparecer del cuadro de la civilización bizantina a pueblos y ciudades que habían estado asociados a sus recuerdos de gloria y de grandeza. Así es como el Imperio perdió, para no reconquistarlas jamás, a Alejandría, Jerusalén, Antioquía, Cartago, Rávena, Roma, toda la Siria, toda el África septentrional y la parte mejor de Italia. Tocóle después el turno a la península balcánica, de la que no conservó sino la estrecha faja de las costas, y cuyas provincias sufrieron tal inundación de las poblaciones eslavas y búlgaras, que es posible preguntarse si quedan todavía descendientes de los helenos en la patria de Temístocles.

En el siglo x, el Imperio tuvo que llorar la pérdida definitiva de